que se reconcilió. Duburle, sin entrar en los detalles de la aventura, dijo á Prévinquieres que la conversión del hijo pródigo se debía á Condottier. A partir de aquel momento el industrial fué más amable con el Marqués, pero aumentó su desconfianza. No creía en el desinterés, pues solo raras veces había visto prestar servicios gratuitamente. Pensó que si Condottier se había tomado la molestia de devolverle á Mauricio, tendría algún interés en mostrarse generoso y abnegado, y este interés no tardó en adivinarlo. Con toda claridad comprendió que el Marqués le había devuelto su hijo para apoderarse más fácilmente de su hija. Además, en la casa todo el mundo favorecía esta combinación. La señora Prévinquieres, cuyas ideas aristocráticas estaban algo oprimidas por las tendencias burguesas de su marido, sentía gran debilidad por la nobleza auténtica del Marqués. La condesa de Grodsko, insinuante y sagaz, le complacía mucho, y Mauricio, siempre dispuesto á inflamarse por una belleza nueva, empezaba á hacerle una corte formal. La única que no manifestaba su opinión era Rosa. Acogía sonriendo con graciosa bondad las discretas demostraciones de Condottier, pero de su actitud era imposible colegir si estaba dispuesta á conceder al Marqués la mano que á tantos otros había negado. Esto tranquilizaba á Prévinquieres, porque después de los disgustos que, con respecto al matrimonio de

su hija, la fantasía de la misma le había hecho experimentar, tenía la sorda inquietud de que se decidiese á hacer una elección absurda; y la de Condottier le parecía la más inaceptable. Sin embargo, no podía alejarlo de su casa, y aun al día siguiente lo esperaba con su hermana, pues estaban de temporada en Rocher, en casa de su vecino el barón de Folentin, banquero riquísimo y solterón recalcitrante, y debían ir á cazar á Beaumont.

Prévinquieres recordaba todas estas cosas con tristeza. Acababa de firmar maquinalmente una gran cantidad de cartas, cuando la puerta de su gabinete se abrió para dar paso á un buen mozo que entró sonriendo. Al verlo, iluminóse el rostro de Prévinquieres. Se fijó en él con complacencia, y desmintiendo la rudeza de sus palabras con lo cariñoso de su mirada dijo:

—Vamos. Ya estás ahí. ¿Cuántas tonterías has hecho esta mañana?

—¡Por Dios, papá! No he tenido tiempo de hacer ninguna. Me acabo de levantar.

—Perezoso... Son las once.

—Es que el aire del campo es un dormitivo asombroso. He dormido tan bien, que no me podía despertar.

—Sí, el aire es aquí excelente. Si vinieses con más frecuencia tendrías mejor salud.

—Mi espíritu no está dotado de suficientes re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cursos para vivir en el campo. No sabría qué hacer. Me aburriría y aburriría á los demás.

—Trabajarías.

—¿Acaso soy capaz?

—No has probado nunca...

—Eso es cierto; pero creo que no sirvo para nada. Cuando veo lo que haces, y la variedad de tus conocimientos, mi admiración raya en asombro.

Prévinquieres fijó en su heredero una mirada cariñosísima. Movió la cabeza, golpeó uno de los brazos de la butaca, y dijo modestamente:

—No soy un águila. No debes confundir; hay muchos que saben más que yo; pero es cierto que he trabajado mucho y que he emprendido negocios muy distintos, y si tú siguieras mis consejos, dentro de algunos años estarías en condiciones de ocupar mi lugar al frente de mi fábrica y en la Cámara...

—¡En la Cámara!—exclamó Mauricio.—¿Serías capaz de abandonar tu asiento en ella, y con él á tus fieles electores?

—¿Porqué no? Yo iría entonces al Senado, y podríamos decir que éramos los dueños del país. ¡Si tú hubieses querido!... ¡Si quisieras todavía! Con tu inteligencia, porque tú eres inteligente, llegarías á ocupar una brillante posición. Tú continuarías la dinastía de los Prévinquieres...

—Prévinquieres IV—dijo burlonamente Mauricio.—Eso sería muy hermoso, pero me parece

demasiado difícil. Además, ¡con el porvenir que nos prometen los socialistas!...

—¿Acaso crees en esos sueños? Eres más crédulo que ellos mismos. Demasiado saben que sus reivindicaciones han nacido muertas, y que su programa es irrealizable.

—Sí, pero como ellos dicen, pueden alterarlo todo.

—Eso duraría un día, pero al siguiente, el orden de las cosas recobraría su equilibrio. Si vacilas en seguir las huellas de mis pasos porque el colectivismo se te antoja amenazador, tu temor es vano. No es la sociedad lo que sería preciso cambiar, es la humanidad entera, y no hay probabilidades de que esto ocurra.

Prévinquieres iba á extenderse en elevadas consideraciones, cuando fué interrumpido por un golpecito ligero dado en la puerta del gabinete. Dijo: «adelante», y un instante después apareció Valentín precediendo á su huésped el americano. Éste avanzó hacia Prévinquieres sonriendo con aplomo, y sin dar tiempo á que le presentasen, se presentó él mismo.

—Ralph Evans, de Pittsburgo, su antiguo cliente y su concurrente actual, Sr. Prévinquieres.

—Y el que me roba este excelente muchacho—, replicó el industrial señalando á Valentín.

—Sí, es verdad; pero sin premeditación, y de ningún modo por interés... Además, él volverá.

Prévinquieres y Raynaud se miraron. El primero movió la cabeza sin contestar; después, cambiando de conversación, dijo:

—Señor Evans, á quien debería llevarse á América no es á Valentín, es á este joven ..

Y señalaba á su hijo, que con un codo apoyado en la chimenea examinaba con curiosidad al americano.

—Nada más fácil si así lo desea; en el barco habrá sitio para todos...

—Muchas gracias, dijo Mauricio sonriendo.—La travesía no me seduce, y además á mí me basta Europa.

—Usted no es curioso. Yo á su edad ya había dado la vuelta al mundo.

—En ochenta días—replicó Mauricio.—Nosotros la damos en cuatro horas en... la Porte-Saint-Martin.

—He ahí la juventud actual—dijo Prévinquieres, dirigiéndose á Ralph.—De todo se burla. Se le habla de instruirse, y contesta que se quiere divertir. Nosotros amontonamos grandes fortunas para nuestros hijos; ese es nuestro error y su excusa. No tienen necesidad de preocuparse, porque nosotros nos hemos preocupado por ellos. Hay momentos en que me pregunto si la herencia no es un error social. Si nuestros hijos se viesen obligados á contar consigo mismos, tendrían que trabajar, y serían hombres de provecho.

—Esa es la teoría del sufrimiento—dijo con dulzura Valentín.—Es muy dura, y es preciso estar sólidamente constituído para resistir la prueba. El elegante Mauricio no ha nacido para sufrir. Usted no lo puso en el mundo para que fuese desgraciado. Le ha educado para que brille, para que le envidien, y llena todas las partes del programa trazado por usted mismo. En París no hay joven más mimado y más querido. Le da algunos disgustos; pero esto pasará, pues tiene buen corazón, y su fondo es excelente. Ya verá cómo se formaliza cuando llegue el momento oportuno.

—Gracias, Valentín—dijo Mauricio.—Tú eres siempre el cariñoso amigo que en otros tiempos excusabas mis locuras, y que últimamente, cuando me he extralimitado, has hecho lo posible por repararlas. Tú sí que eres un hombre honrado, y yo te quiero con todo este corazón que dices es bueno, y que en el fondo lo es.

Miró á su padre, miró á Valentín, no acabó de exponer su pensamiento y exhaló un suspiro. Luego, con su natural displicencia, sacó un cigarrillo de su petaca de oro y lo encendió. Se acercó á Ralph, y con la más exquisita cortesía le dijo:

—Creo, caballero, que no se alejará de nosotros bruscamente, y que mi padre y los míos tendrán la satisfacción de hacerle los honores de Beaumont. Sin duda ya conoce la fábrica,

pero no la finca, y como quiera que mañana tenemos una partida de caza, y esta noche llegan de París algunos amigos...

—Me atrevo á esperar—dijo Previnquieres interrumpiendo—, que será usted de los nuestros.

—Con mucho gusto, si me aceptan tal como estoy en viajero.

—Corriente. Pero ante todo, permítame que le presente á mi madre y á mi hermana.

Precedidos por Mauricio, Evans y Raynaud pasaron al salón, en donde la señora y la señorita Prvéinquieres esperaban no sin curiosidad la anunciada visita del yankee. Rosa se había esmerado en su adorno vistiéndose un precioso traje de batista bordada, descotada tan solo lo preciso para que se viese el nacimiento de su torneado y blanco cuello. Viendo entrar al extranjero se puso vivamente en pie, y apareció alta y esbelta. Los cabellos rubios daban á su rostro una frescura exquisita. Contestó al saludo de Ralph con una ligera inclinación, y dedicó una sonrisa á Valentín. Durante ese minuto se mostró tan adorablemente hermosa y expresiva, que el americano no pudo menos de lanzar una rápida mirada á su amigo como para decirle: «ahora lo comprendo». Valentín sonrió con tristeza, y viendo á Rosa tan encantadora bajó la cabeza para no imponerse á sí mismo el suplicio de desearla sin esperanza. Pero la joven no pareció sospechar la dolorosa resignación de su adorador. Se dirigió á él y le dijo con afectuosa familiaridad:

—Bien, Valentín; ha cumplido usted su palabra de presentarnos al Sr. Evans. Porque sepa usted, caballero, que ardíamos en deseos de conocerle. Nos han contado tales cosas de su inteligencia y de su suerte en los negocios, que si no hubiese venido á vernos no se lo habríamos perdonado nunca á Raynaud.

—Pues, señorita—dijo Evans tranquilamente; —aquí tiene usted al monstruo en persona. Pero no se exagere su importancia, porque en realidad es tan pequeña...

—En su país—dijo la madre de Rosa—, en donde los archimillonarios abundan, tal vez, pero en la pobre Europa, y en Francia sobre todo, no puede usted pasar inadvertido.

—Crea usted—añadió Rosa—que aquí no se le estimará á usted por su fortuna. Seguramente que en los tiempos en que vivimos la riqueza es una gran cosa, pero no es todo...

—En América, señorita—replicó el americano—la fortuna no tiene valor más que por el partido que de ella se saca. Un hombre rico que no hace nada vale muy poca cosa.

—Recoge esto, Mauricio—dijo Prévinquieres con cierto júbilo.—Ve ahí resumido en pocas palabras el concepto que tengo de la vida. La fortuna debe servir únicamente como medio de acción. Esa doctrina ha sido siempre la regla de mi conducta.

—¿Es también la de la señorita?—preguntó Ralph con ingenuidad.

—Mis opiniones—dijo Rosa alegremente—son algo más amplias que las de mi padre. No profeso gran estima á las gentes que no sirven para nada. Sin embargo, á mis ojos no es todo la laboriosidad. Hay otras cualidades muy dignas también de ser tenidas en cuenta. Por ejemplo, la buena educación, el talento, la bondad, el buen gusto y todos los dones que caracterizan al perfecto hombre de mundo, que se puede soñar como compañero de existencia...

—¡Como compañero de existencia!—replicó Evans.—Entonces, estamos apreciando las cualidades masculinas desde el punto de vista matrimonial, y lo que la señorita Prévinquieres acaba de decir es algo así como el programa del perfecto candidato.

—Si usted se empeña...—dijo Rosa con displicencia.—Pero no se asombre, señor Evans, de que una joven francesa dé gran importancia al matrimonio, porque es el más importante y casi podría decir el único problema que existe para ella.

—Sí, ya lo sabía, y todo cuanto usted me dice me interesa muchísimo. ¿Me permite, si no soy indiscreto, que le hable de este asunto?

—¿Porqué no?—replicó Rosa.—Lo que acabo de decir no es nuevo para los míos. Lo saben desde hace mucho tiempo; pero si á usted le distrae hacerme hablar...

—Sí, es una cosa muy nueva para mí. Después de lo que le he oído decir, creo que para una joven de su posición, solo un hombre de mundo podría parecerle candidato aceptable. Un joven honrado, trabajador y rico, pero sin relaciones, sin elegancia, que no tuviese más que su honradez, su inteligencia y su fortuna, ¿tendría probabilidades de lograr un dichoso resultado?

—Me parece—respondió Rosa—que por poco tacto que tuviera, ni siquiera se presentaría, porque desde el primer momento había de ver que no estaba en condiciones de vivir en el ambiente en el cual tendría que desenvolverse. Es cuestión de atmósfera. No respiraría con libertad y se volvería á su casa.

—Entonces, ¿no podría contar por parte de la que hubiere elegido su corazón con ningún favor, con ninguna indulgencia? La formalidad, la excelencia de los sentimientos, y, en fin, un afecto sincero y apasionado, ¿no serían suficientes para que se hiciese una excepción con él? La elegancia de sus trajes, su buen tono, su finura, sus parientes y amistades y todo lo que, según usted mismo ha indicado, constituye el conjunto de una posición mundana, ¿pesarían más que los preciosos dones que aseguran la tranquilidad material y garantizan la felicidad?

—Señor Evans—contestó Rosa—es usted muy complejo, y la respuesta resulta dificilísima. Usted escoge un ejemplo novelesco y muy por en-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

cima de toda verosimilitud. ¿En dónde va usted á encontrar ese ideal, en el que se reunirían todas las facultades del hombre trabajador y todos los refinamientos de corazón de un enamorado? En los libros y en el teatro lo encontramos. Pero ese ser admirable ¿existe en la realidad? Los autores aseguran que sí, pero yo dudo que su afirmación sea cierta. Crea usted que lo mejor es no hacerse ilusiones respecto á ese fénix y contentarse con el candidato posible, cuyo retrato he hecho hace un instante á grandes rasgos.

—Vaya—dijo Evans suspirando—veo que es imposible hacerle variar de programa.

—No creo que con razonamientos se pueda conseguir. Sería preciso un hecho material y violento. Una desilusión completa; un gran pesar.

—Sí—objetó fríamente Evans.—La demostración absoluta y brutal de todo lo que hay de ficticio y de ilusorio en las ventajas que usted coloca por encima de todo. Esto no es probable que suceda. No podremos, pues, asistir á la desilusión completa de la señorita Prévinquieres en un nuevo camino de Damasco, y por la tanto, amigo Raynaud, no tenemos más que tomar los billetes y marcharnos á América.

Estas últimas palabras confirmaron á Prévinquieres la verdadera finalidad de la conversación de Evans. Cambió con su mujer una significativa mirada. Raynaud, pálido y tembloroso,

no perdía ni una palabra de las que Rosa pronunciaba fríamente. El americano había obligado brutalmente á que Rosa se explicase, y ya no podía dudar: nunca se conformaría con ser la mujer de un antiguo obrero, aunque estuviese dotado de una inteligencia superior y en posesión de una gran fortuna. Valentín lo comprendió así, y viéndose condenado para siempre al suplicio, deseaba salir de aquel salón en donde se ahogaba, apartarse de aquella cruel mujer que acababa de hacerle sentir todo su desdén, y encontrarse al aire libre, en completa soledad, para poder dar rienda suelta á su desesperación y á su cólera. Hizo un gesto tan doloroso, que Ralph comprendió la necesidad de abreviar la visita. Se levantó, y saludando á la señora Prévinquieres, le dió las gracias por la benóvola acogida que le había dispensado.

—Señor Evans—dijo entonces Rosa—ya sabe usted que mañana contamos con los dos. Hoy llegan algunos invitados, gente de mundo, de esa de la que no hace usted gran caso, y puede que en el fondo tenga razón. Pero yo deseo que pueda estudiarlos con entera libertad, y luego, si usted quiere, volveremos á hablar. Me encanta su franqueza.

Cambió un varonil apretón de manos con el americano, y Ralph y Raynaud salieron por la puerta-ventana que daba al jardín. Una vez solos y al aire libre, se cogieron del brazo y siguie-

ron á lo largo del canal. Al principio guardaron silencio, pero después, y mirando á su amigo, Ralph dijo:

—Bien. La lección ha sido completa.

—Sí. ¿Ha visto usted con qué crueldad ha ahondado el acero en la herida?

—¿Crueldad? ¿Porqué? Ni siquiera se figura que le ha herido. Ignora completamente lo que por ella siente usted. ¿Quiere que llevemos la aventura más lejos y que yo se lo diga?

—Eso, nunca. Sufriría demasiado si recibiese una negativa.

—¿Quién le asegura que sería una negativa?

—Todo lo que acaba de decir y que yo sabía de antemano. Está de acuerdo con las ideas de los que la rodean y con su ambiente. No, Evans, no hay esperanza. Rosa no se casará nunca con el hijo de un capatz.

—Tanto peor para ella, querido, y no para usted. Créame; durante la hora que acabamos de pasar con ella, la he observado mucho. Es una niña mimada que, si las circunstancias no la favorecen completamente, puede ser muy desgraciada y hacer desgraciados á cuantos están unidos á ella. Vea usted; yo la comparo á un potro que siempre ha galopado libre y á su antojo en una pradera, que se defenderá terriblemente cuando le hagan sentir el bocado para conducirle á un paso que no sea el suyo. Estoy contentísimo de que no sea usted quien haga la experiencia. Sería enojosa, y en ella se correrían grandes riesgos. Para salir con bien de la aventura se necesitaba tener una mano de hierro, y usted no la tendría. Concediendo que la tuviese, temería hacer daño á la hermosa desbocada. Deje usted esto, amigo mío, y si le es posible piense en otras cosas. Si no puede, ¡qué diantre! quéjese usted. Hay gentes que aseguran que eso consuela, y yo estaré siempre á su disposición para escucharle.

—Me aflijo más por ella que por mí, Evans; se lo aseguro, pues me parece que el porvenir de esa niña, tan llena de ideas falsas, no puede ser más amenazador. Es tan orgullosa y tan delicada que cualquier decepción la aplastará. Calcule usted lo que la vida le reserva. Yo preferiría sufrir cien veces más y que fuese dichosa.

—Usted puede desearlo, querido amigo, pero no sucederá más que lo que el destino tenga dispuesto. Si la señorita Prévinquieres debe pagar las consecuencias de sus prejuicios, lo que Valentín Raynaud desee no la aliviará gran cosa. Y ahora, sinceramente; si algo puede esperar de ese espíritu que no le comprende y de ese corazón que se le escapa, lo deberá á las pruebas que sufra. El buque no entra en el puerto hasta después de haber sido batido por la tempestad. Si cuando llegue ese momento todavía anhela usted su posesión, ejercerá usted de piloto y le ayudará á salir del atolladero.